

## **Purificación, iluminación y transformación en el camino espiritual de Santa Gertrudis**

La obra de Santa Gertrudis no es una exposición dogmática, ni una serie de afirmaciones sobre Dios, ni tiene la forma de una enseñanza. Principalmente *El Heraldo*, pero también los *Ejercicios*, tienen la forma de un diálogo con Aquel de Quien Gertrudis habla. Y, en cierta medida, no se trata solamente de un yo que se dirige a un Tu, sino de un nosotros: de una relación entre un yo y un Tu.

Es a la manera de una confidencia como nosotros recibimos las enseñanzas de Gertrudis, y no dentro de un marco intencionalmente didáctico. El punto de partida de su relato es un encuentro personal con Dios; y la relectura que ella hace de los acontecimientos de la gracia, al momento en que los relata, la hacen desembocar en la contemplación.

Su teología está centrada sobre la humanidad de Cristo, máximo signo que posee el Verbo encarnado para presentarse al hombre, como fuente de salvación y de vida. Se trata de una teología experiencial, ya que es dejando que la revelación de Cristo incida y se trasfunda en su vida, como ella accede al conocimiento del misterio, que luego nos comunica.

No tratamos, por lo tanto, de pedir a los escritos gertrudianos una doctrina teológico-espiritual más o menos sistemáticamente elaborada y metódicamente expuesta, sino de reconocer que esta doctrina existe y que aflora en más de un pasaje de sus escritos.

Esta vez analizamos el camino espiritual de Gertrudis, a partir del momento de su conversión. Su proceso se caracteriza por una notable unificación de los aspectos purificativos, iluminativos y transformativos, en una experiencia humana y espiritual integrada, que madura hasta su pleno desarrollo, polarizada totalmente por el ímpetu hacia la unión esponsal con Cristo. Comenzamos analizando su conversión y luego consideramos sucesivamente el aspecto purificativo, iluminativo y transformativo de su camino espiritual, distinguiéndolos por motivos didácticos, pero sabiendo que en ella constituyen un único proceso vital y espiritual.

### **1. La conversión**

La cultura literaria y teológica era un honor en Helfta y Gertrudis había transcurrido con pasión los años de su juventud, dedicándose a los estudios, asimilando correctamente conceptos y contenidos, sin hacer sin embargo, la experiencia más verdadera de las realidades espirituales que estudiaba con ardor. Hasta los 25 años era una monja fiel a la observancia común, rica en conocimientos, pero privada de lo esencial de la vida religiosa.

Cuando estaba por cumplir 26 años comenzó a sentir que el estudio ya no la llenaba y entró en una crisis de vacío y de angustia que duró algo más de un mes. Entonces, el 27 de enero de 1281, el Señor le salió al encuentro y pacificó su corazón, apareciéndosele bajo el aspecto de un adolescente. Fue un momento decisivo y una vuelta radical en su vida, que ella llama precisamente *conversión*. Escuchemos su propio relato:

La crisis: *“Comenzaste durante un Adviento... tocándome el corazón con una misteriosa turbación, con la cuál toda mi locura juvenil comenzó a hacerme aburrimiento. Así comenzaste a preparar mi corazón...”* (L. II, 23)

El presentimiento de la gracia: *“... el lunes que precede a la fiesta de la Purificación hacia la hora dulcísima de Completas, al principio del crepúsculo, Tu, oh mi Dios, verdad más clara que toda luz y más íntima que todos mis secretos, quisiste disipar mis tinieblas. Comenzaste aquietando con suavidad y dulzura la turbación que desde hacía un mes habías suscitado en mi corazón. Esto tendía –pienso- a abatir aquella torre de vanidad y de curiosidad que había estado construyendo mi soberbia, bajo el nombre y el hábito de la vida religiosa. Así encontraste el camino para ofrecerme tu salvación...”* (L. II, 1).

La visión: *“Entonces, a la hora predicha, al levantar la cabeza en medio del dormitorio, después de saludar a una anciana según costumbre de la Orden, vi ante mí un joven amable y delicado, como de unos dieciséis, con esa hermosura deseable a mi juventud que atraía mis miradas. Con rostro atrayente y voz dulce me dijo: ‘Pronto vendrá tu salvación. ¿Por qué te consumes de tristeza? ¿No tienes quien te aconseje, que así se ha renovado tu dolor?’ Mientras hablaba, aunque era consciente de encontrarme corporalmente en el lugar citado, me parecía estar en el coro, donde acostumbro hacer mi tibia oración. Allí oí las siguientes palabras: ‘No temas. Te salvaré, te libraré’. Cuando oí esto, vi que su tierna y delicada diestra sostenía la mía como prometiendo ratificar estas palabras, y añadió: ‘Lamiste la tierra con mis enemigos, gustaste miel entre espinas, vuelve a mí y te embriagaré con el torrente de placeres divinos’.*

*Al decir esto miré y vi entre él y yo, a saber, a su derecha y a mi izquierda un vallado de largura tan infinita, que ni delante ni detrás de mí, se veía el final. Parecía estar cubierto en lo más alto con un seto de densas espinas, que de ninguna manera me permitía acceso libre hacia el citado joven. En esta situación sentía tal ansiedad y tan ardiente deseo que casi desfallecía.*

*De repente él mismo me tomó y, sin dificultad me levantó y me colocó junto a sí y reconocí en aquella mano de la que había recibido tal promesa, las joyas preciosas de aquellas llagas con las que anuló todas las condenas.*

*Alabo, adoro, bendigo y doy gracias como puedo a tu sabia misericordia y la misericordia de tu sabiduría con la que tú, Creador y Redentor mío, intentabas sujetar mi cerviz a tu yugo suave y preparabas una medicina adecuada a mi debilidad. Pacificada desde entonces con una alegría espiritual enteramente nueva, me propuse seguir con fortaleza y decisión tras el suave olor de tus perfumes y comprender cuan dulce es tu yugo y ligera tu carga que poco antes me parecía insoportable”* (L II 1).

El cambio operado en su interior: *“En aquélla hora, en efecto, te dignaste hacerme advertir claramente tu presencia, de modo admirable y suave más allá de lo que se puede decir, y con una reconciliación plena de bondad, me uniste a Ti en el conocimiento y en el amor: me enseñaste a recogerme en el interior de mi alma, hasta entonces para mí inexplorada, y comenzaste a tratar conmigo de modo admirable y misterioso, como si te complacieras en habitar en mi corazón, como un amigo se complace en habitar con su amigo, o más bien, como el esposo con la esposa”* (L. II, 23).

La conversión de Gertrudis, no consiste en el paso de un estado de pecado a la fe; sino en el paso de una praxis religiosa habitual, más o menos tibia (“*me parecía encontrarme en el coro, en el ángulo en el cuál, de costumbre, hacía con tibieza mi oración*” L. II, 1), o bien, de un conocimiento abstracto y racional de su Señor, a una experiencia tangible de su bondad, a un impulso de deseo hacia el Señor, que no disminuirá. Es una conversión del deseo. En otras palabras, pasa del intelectualismo a la vida mística.

De ahora en más, Gertrudis se caracterizará por la libertad del corazón, es decir, por la libertad y la cualidad de un alma que se dirige hacia su fin sin detenerse en aquellas cosas -cualesquiera sean-, que pudieran ser obstáculo a su impulso. Esta libertad se muestra en la limpidez de su total pertenencia al Señor; desarrolla la rectitud y la energía del temperamento vuelto hacia el absoluto, más bien que hacia las componendas. Goza de una clarividencia que va directamente a lo esencial, buscando hacer prevalecer el espíritu sobre la letra.

Aunque sigue siendo intelectual, aunque continúa usando sus dones con clara conciencia de sus propias cualidades humanas, todo, de hecho, se verá unificado en la Palabra orada, estudiada, meditada en la liturgia. Así, toda su vida pasada, su cultura, su actividad artística, todo, en efecto, ella lo estimará como una pérdida, una nada, frente a la sublimidad del conocimiento de Cristo. Desde entonces, se lee en el Libro I:

*“Llenaba su corazón de las más útiles y dulces sentencias de la Escritura... Y así no se saciaba jamás de insistir sobre la divina contemplación, en la cuál encontraba suavísimo amor y admirable dulzura, y de darse al estudio atento de la Sagrada Escritura, que era como panal de miel en su boca, melodiosa armonía a su oído, júbilo espiritual a su corazón”* (L. 1.1).

A partir de su conversión comienza para Gertrudis un proceso espiritual transformativo y unitivo que tiende a la plena participación de su persona en la vida divina. A lo largo de ese camino, va recibiendo luces de inteligencia de la Palabra de Dios, para sí misma, y también para otros a los que debe acompañar, aconsejar y consolar; de este modo se convierte en maestra espiritual. Pero tanto este proceso de divinización, como su misión de guía espiritual con el prójimo, se realizan dentro de una progresiva interiorización, que pasa por la humildad y el conocimiento de sí misma. Lo notable del proceso místico de Gertrudis es la contemporaneidad de la vía purificativa, iluminativa y unitiva. Aquí nos detendremos por separado en uno y otro aspecto de su vida espiritual, entendiendo que ella los vive al mismo tiempo, en la unidad de su experiencia. Comenzamos por el aspecto purificativo.

## **2. Dimensión purificativa de su experiencia**

En la acción de gracias después de su conversión, Gertrudis se alegra de haber sido introducida en el conocimiento y en la contemplación del fondo íntimo de su corazón (*interiora cordis mei*: II, 1), donde habita Dios. *Entrar en el interior de su corazón* es el primer efecto de la visión del 27 de enero.

De hecho, su descubrimiento de la verdadera vida espiritual, radica mucho menos en el don excepcional de la primera visión, que en esta progresiva interiorización. Muchos pasajes del *Heraldo* insisten sobre este movimiento de retorno a sí misma para buscar a

Dios. En este entrar dentro de su propio corazón, se le revela la verdad sobre sí misma y sus defectos. La escuchamos confesar, por ejemplo:

*“... a menudo me indujiste, con suave delicadeza, al saludable conocimiento de mis defectos”* (L. II, 23); *“...descubrí en mi corazón... movimientos desordenados y descompuestos”* (L. I, 2); *“no correspondencia a los dones”* (L. II,5).

Esta experiencia de autoconocimiento será asimilada progresivamente por Gertrudis y la acompañará por un larguísimo trecho de su camino, al mismo tiempo que continúa recibiendo gracias místicas.

Las gracias místicas de los comienzos le hacen experimentar la desproporción entre la grandeza de los dones recibidos y su extrema bajeza. De ahí le viene una conciencia muy clara de su pequeñez, y se llama a sí misma *pequeño átomo de polvo, cloaca de extrema bajeza*, etc.

*“Sí, me ha sido concedido a mí, pequeño átomo de polvo, gustar alguna gota de aquella infinita beatitud que se infunde sin medida* (L. II, 6).

*“¿...Qué te ha inducido a llamar, oh Dios mío, desde su extrema bajeza, a una miserable creatura, necesitada de todo, despreciable por vida y por costumbres, para hacerla partícipe de la real y divina grandeza?”* (L. II, 8).

*“Semejante a un granito de polvo, me escondo en esta acción de gracias y te ofrezco, por medio de Aquel que está sentado a tu diestra revestido de mi sustancia, la acción de gracias que en El me has dado poder ofrecerte. Te la ofrezco por medio suyo en el Espíritu Santo, por todos los beneficios de los cuales me has colmado”* (L. II, 11).

Al mismo tiempo esta humildad no la hunde, no la encierra en sí misma, no le hace perder la conciencia de sus dones naturales o sobrenaturales sino que la hace libre interiormente de todo apego, al atribuir todas sus capacidades a Dios.

*“...Porque a menudo, ¡pobre de mí!, perdiéndome en palabras inútiles, derrocho el talento de la elocuencia que me diste”* (L. II, 20).

*“... Meditaba en todos los beneficios de los cuales me has colmado... y comencé en un momento a temer que el viento de la vanagloria pudiera secar el río de la gracia divina y deseaba ser iluminada... He aquí de qué modo tu paterna bondad se dignó instruirme al respecto: Yo debía representarme tu afecto por mí, como el afecto de un padre... uno de estos hijos no había todavía llegado a su pleno desarrollo y el padre, por este motivo, lleno de afectuosa compasión, lo toma sobre sus rodillas más a menudo que los otros y lo colma de caricias y de pequeños dones”* (L. II, 18).

La experiencia de la pequeñez tampoco la lleva a poner el acento sobre sí misma, sobre lo que siente y cómo lo siente, sino que su espiritualidad es fuertemente extrovertida, o sea, orientada hacia fuera de sí. Gertrudis cree más en Dios que en sí misma: es El, el que salva y ella la salvada. La atención principal está dirigida a Dios, a su obra, más que a sí misma; a la comunidad, a las necesidades de ayuda espiritual, más que a los propios límites. Nos dice su biógrafa:

*“Resplandece en ella el don de la confianza... No permanecía nunca deprimida ni desanimada por sus defectos, porque con la gracia divina, en seguida retomaba el coraje y se levantaba preparada para nuevos e inesperados favores. (L. I, 10).*

Recogerse no es, por lo tanto, buscarse a sí mismo. Es estar atentos a la realidad de una presencia divina interior, cuya cualidad sobrepasa con mucho el orden especulativo. Gertrudis aprende a reconocer esta presencia divina en su corazón, a través de la aceptación realista de su debilidad y de la fidelidad de Dios, que nos trata como a hijos:

*“Quisiste hacerme experimentar en mí misma, aquella palabra de Bernardo: ‘cuando huimos, nos sigues, si te volvemos la espalda, Tu te presentas de frente; suplicas, y eres despreciado; pero ninguna confusión, ningún desprecio puede alejarte, ni cansarte; continuamente haces de manera de atraernos a aquéllos gozos, que ojo no vio, ni oreja oyó, ni el corazón del hombre sospecha’” (L.II,3).*

### **3. Dimensión iluminativa de su experiencia**

A partir de su conversión, nos dice su biógrafa que Gertrudis *“de gramática, se volvió teóloga”*: abandonó los estudios profanos y pasó a dedicarse con entusiasmo al estudio de las ciencias sagradas, la Escritura y los Padres de la Iglesia.

*“Desde entonces pasó de gramática a teóloga, paladeando cada vez más sabrosamente todos los libros divinamente inspirados que pudo tener o adquirir, llenando su alma hasta la saciedad de las más exquisitas y dulces palabras de la Sagrada Escritura, hasta llegar a tener en sus labios, siempre que el caso lo requiriese, una palabra divina y edificante para responder acertadamente a cuantos le consultasen, y oponerse a cualquier error con testimonios de la Sagrada Escritura, que nadie pudiese seriamente contradecir” (L I, 1.2).*

Ansiosa de difundir y poner al servicio de los demás lo que ha contemplado, sobre todo después del expreso mandato del Señor de transmitir las gracias recibidas, escribe obras de divulgación accesibles al pueblo, traduce al alemán vulgar las Sagradas Escrituras, procura los textos Sagrados a quienes no los tienen, se vuelve anunciadora de la Palabra, consejera, maestra espiritual para quienes vienen a consultar sus dudas con ella.

*“Mas aún, para hacer sencillos y claros a las inteligencias más débiles ciertos pasajes oscuros, compuso y escribió varios libros, llenos de toda suavidad, con sentencias de los Santos... También compuso oraciones más dulces que un panal de miel y otros muchos y edificantes ejercicios piadosos... obra hábilmente sazonada con citas suaves de la Sagrada Escritura, que a nadie, sea teólogo o simplemente alma piadosa, puede hastiar” (L I, 1.2).*

No es de asombrar que Gertrudis llegara a ser una consejera iluminada, una maestra capaz de discernir con certeza sobre los pecados y los dramas espirituales, una intérprete profunda de la Palabra de Dios. Cuando alguien le hace una consulta o le pide su intercesión, ella se dirige a Cristo en persona. Y las respuestas que encuentra son frecuentemente innovadoras, agudamente iluminadas.

*“...Penetraba el sentido profundo de las Sagradas Escrituras. Su inteligencia, iluminada por Dios, encontraba en ellas un delicioso y extraordinario sabor. Parecía*

*que se deleitaba entonces, por decirlo así, cara a cara delante del Señor, como se sienta uno frente a un amigo, en la intimidad, para jugar al ajedrez. En este caso la santa podía hacer enseguida que aprovechara a los demás lo que ella misma había recibido” (L IV, 2)*

*“Verdaderamente nadie como ella en nuestro tiempo ha irradiado tan copiosos raudales de saludable doctrina. Tenía una palabra dulce y penetrante, su elocuencia tan hábil y su discurso tan persuasivo, eficaz y seductor, que la mayor parte de los que oían sus palabras daban testimonio evidente al Espíritu de Dios que hablaba en ella, por un admirable enternecimiento del corazón y cambio de la voluntad, pues esta palabra viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo, llegando hasta la división del alma y del espíritu que habitaba en ella, realizaba todas estas cosas. A unos inspiraba por sus palabras el arrepentimiento del corazón que debía salvarlos, a otros iluminaba con respecto al conocimiento de Dios, o con respecto a sus propias debilidades, a algunos les otorgaba el alivio del alegre consuelo, e inflamaba los corazones de otros con el fuego ardiente del amor divino” (L I 1.3).*

En el Heraldo, Gertrudis frecuentemente nos trasmite las luces recibidas sobre la Palabra de Dios o sobre situaciones particulares que le consultan, introduciendo esta enseñanza con fórmulas precisas pero elásticas, que reflejan la iluminación del Señor o la acción del Espíritu: *“El Señor me respondió, me revelaste que, comprendí que, sentí, entendí, al punto me acordé, fui instruida, me enseñaste que...”* Estas fórmulas fueron por siglos la única manera en que una mujer podía expresar su pensamiento para que fuera aceptado. En este sentido, el tesoro teológico del Heraldo no ha sido aún adecuadamente explorado.

Finalmente cabe señalar que también en esta dimensión iluminativa el proceso espiritual de Gertrudis evoluciona en la línea de la interiorización y simplificación. Al comienzo el Señor la instruye por medios más sensibles: abundan las visiones imaginativas y las respuestas directas del Señor por medio de palabras interiores; progresivamente parecen ir prevaleciendo las inspiraciones y luces de entendimiento por sobre las visiones y revelaciones. En la etapa final de su vida casi no recibe “visitas del Señor”, es decir manifestaciones sensibles: la gracia se le comunica directamente a su espíritu, lo que ella experimenta a nivel sensible como pesadumbre y sequedad. También recibe menos frecuentemente las respuestas directas del Señor a los asuntos que ella le consulta: ahora es ella quien debe buscar la respuesta por sí misma como una esposa que conoce los secretos del Esposo por su gran familiaridad con El:

*“Pensando una vez cual era la causa de que la visitara el Señor de otra manera que en tiempos anteriores, le dijo el Señor: ‘En los primeros tiempos te enseñé con frecuencia por respuestas con las que pudieses dar a conocer a otros mi voluntad; más ahora, al manifestarme a ti solamente en espíritu cuando oras, sería muy difícil explicarte mi inspiración con palabras; entonces hago como que recojo el tesoro de las riquezas de mi gracia, con la intención de que cada uno encuentre en ti lo que busca, siendo tú como la esposa que conoce todos los secretos del esposo y que, gracias a su trato continuo, consigue conocer su voluntad en todas sus acciones, aunque no le sea lícito manifestar lo íntimo que conoce gracias a la mutua familiaridad.*

*Esto lo experimentó de alguna manera en sí misma, reconociendo que cuando oraba por alguna intención que le había sido especialmente encomendada, no buscaba ya obtener que le diese el Señor la respuesta, como antes solía, sino que le era suficiente*

*sentir la gracia o impulso para hacer oración por algún motivo; porque entonces consideraba esto como signo seguro de inspiración divina, lo mismo que antes lo era la respuesta del Señor. Igualmente, si alguno le pedía consejo o consolación, inmediatamente sentía como si se le infundiese en el mismo momento la gracia de responder con tanta seguridad que se atrevería a morir por afirmar la verdad de sus palabras, aunque antes nada supiese del asunto, ni por palabras, ni por escrito, ni aún siquiera por el pensamiento” (L I. 17)*

#### **4. Dimensión transformativa de su experiencia**

La visión del 27 de febrero le reveló a Gertrudis, el secreto de la vida mística: la relación de amor con la persona de Cristo, viviente y presente en lo más íntimo del alma. A partir de allí, decíamos, comienza un proceso espiritual de participación progresiva en la vida divina que tiende a la plena divinización en la gloria, según ya lo anuncia San Pablo. Es la vía unitiva, que Gertrudis vive plenamente en clave esponsal.

La vida mística de Gertrudis se nos presenta como prototipo, como modelo acabado de la obra que Dios desea hacer en cada uno de sus hijos. Es por lo tanto importante para nosotros ver el conjunto de este itinerario espiritual, aunque nosotros mismos no seamos místicos, porque nos señala la meta de la obra de la gracia a la que estamos destinados.

Sus inefables experiencias, lejos de ser simples sensaciones emotivas e intimistas, tienen, en cambio un profundo contenido teológico en estrecha relación con la Palabra de Dios y la celebración litúrgica de los misterios de Cristo.

Basta con recorrer el aparato escriturístico de las obras de Gertrudis para constatar la frecuencia de las referencias paulinas: el acceso a la vida divina no es posible más que por la incorporación a Cristo -realidad misteriosa de la unión del Verbo hecho carne con el alma regenerada en el Bautismo-, para hacerla participar de su propia vida trinitaria.

Por otra parte, esta divinización tiene inicio propio en el misterio del Verbo Encarnado e inmolado. Así, el Señor le promete a Gertrudis:

*“Como Yo soy la figura de la sustancia de Dios Padre por la naturaleza divina, también tu serás la figura de mi misma sustancia por tu naturaleza humana, recibiendo en tu alma deificada los rayos de mi divinidad, como el aire los del sol, para que, penetrada hasta la médula de esta luz deificante, te hagas capaz de una más íntima unión conmigo” (L. II, 6).*

Es por esto que su contemplación está constantemente atraída hacia los grandes misterios de la salvación: desde la Navidad –principio mismo de la Encarnación- hasta la Ascensión, su término magnífico, en el cual, en la persona de Cristo, la humanidad victoriosa está delante del rostro del Padre, donde nuestra naturaleza, sustancia, se sienta junto al Padre. (L. II 11,23).

Por la comunión con la naturaleza humana, el Verbo comunica al alma el ritmo divino de su propia vida, orientando así la mirada del alma hacia el objeto de su propia mirada, la belleza de la *“resplandeciente y toda calma Trinidad”*.

Del corazón traspasado de Cristo brota la fuente regeneradora de la humanidad. A esta obra participa sin falta el Espíritu: Gertrudis percibe su dulce presencia y acción, tanto para comprender la Escritura, como para vivir el misterio litúrgico:

*“Oh Amor, compenetra mis sentidos con el meollo de tu caridad, a fin de que me vuelva una estudiante ingeniosa. Habite en mí tu recto y soberano Santo Espíritu... Enséñame que es la gloriosa Alfa de tu bello amor. No me escondas la fructuosa Beta de tu real sabiduría... Haz que en esta vida aprenda tan bien tu Escritura llena de Amor que no quede en mí, ni siquiera una sola Iota que esté vacía de tu amor”* (Ex. V).

Gertrudis hace progresivamente la experiencia transfiguradora de la gracia, hasta sentirse de verdad una sola cosa con Cristo:

*“... me ha sido dado poder gustar, también en el exilio de mi peregrinación terrena, el preludio de aquella beatificante delicia y de aquella suavísima dulzura por las cuales quien adhiere a Dios, se hace un solo espíritu con El (1 Co. 6,17)”* (L. II,6).

Esta realidad, no quedará solo en una orientación, sino llegará al aspecto experiencial asumiendo la forma altísima de la inhabitación trinitaria:

*“Después de haber recibido el sacramento de la vida, estando toda atenta a la presencia del Señor en mí, vi que mi alma... era llevada ante del pecho del Señor, pronta a recibir un sello, y que en un momento éste le era aplicado, entrando en parte dentro del aquel sagrario en el cual la plenitud de la divinidad habita corporalmente, para recibir la impronta de la fúlgida y siempre tranquila Trinidad”* (L. II,7).

Por lo tanto, la mística de Gertrudis, se califica eminentemente como mística de la unión en la forma de presencia, de inhabitación nupcial, centrada en Cristo, pero con epílogo en la vida trinitaria, o -como dice ella con bella expresión- en la *resplandeciente y toda clama Trinidad*.

Nunca Gertrudis pierde de vista esta cima, donde debe consumarse, en la gloria de la unión con el Verbo. Se evidencia así la frecuencia de la invocación a la Santísima Trinidad, por la evocación de la potencia, de la sabiduría y de la bondad. El encuentro con Cristo le abre a la alabanza, al reconocimiento continuo: muchos de sus capítulos se inician o terminan con una doxología, que es precisamente de carácter trinitario, como también los capítulos de los Ejercicios, entrelazados como están de alabanzas. Verdaderamente el Dios de Gertrudis es el Dios cristiano, el Dios trinitario: al Padre, por Cristo, en el Espíritu.

*“...por medio de Aquel que se sienta a tu diestra, revestido de mi substancia, te ofrezco la acción de gracias, que en El me has dado poder ofrecerte. Te la ofrezco por medio suyo en el Espíritu”* (L. II, 11).

Sus experiencias místicas siguen también el mismo proceso de interiorización antes señalado. La gran visión cara a cara, que muestra un estadio más avanzado de su vida espiritual, tiene este carácter de interiorización: la mirada deífica ha penetrado toda la intimidad del ser, para impregnarla de la imagen divina:



*“En el segundo domingo, mientras en la misa que precede a la procesión se cantaba el responsorio: Vidi Dominum facie ad faciem, tu iluminaste mi alma con un increíble fulgor de luz divina, y en esta luz vi, casi aplicado a mi rostro, otro rostro... sentí que de tus ojos se infundía en los míos, una luz inefable y suavísima, que invadiendo todo el interior de mi ser, parecía penetrar todos mis miembros” (L. II,21).*

Este texto nos habla de una mirada, pero el rostro encontrado es inmaterial, es divino. Es encuentro con Cristo, desvelamiento de su rostro transfigurado: aquél *“que no tiene forma, sino da a cada cosa forma, no golpea los ojos del cuerpo, sino que es capaz de infundir alegría en el corazón, y es fascinante por su irradiación amorosa, no por la fisonomía del rostro (L. I, 21).* Esta experiencia parece coincidir con la divinización, con la escatología anticipada.

A lo largo de su desarrollo místico, solo poco a poco va emergiendo el rostro de Cristo, así como su persona y su nombre. Su rostro no aparece enseguida en *El Herald*; no hay un único retrato de Cristo sino toques, aproximaciones sucesivas. El joven encontrado al momento de la conversión, que ha fascinado a Gertrudis, tiene un rostro seductor y una voz dulce, pero no tiene una mirada: Gertrudis no encuentra sus ojos.

La mirada parece indicar una relación más íntima, una mayor profundidad de experiencia; los ojos revelan la persona, su predilección de amor: Los ojos en los ojos, indican una comunión de almas, una inmersión en la intimidad del corazón. Cuando Gertrudis habla de la mirada de Cristo, supera la experiencia sensible y aferra la divinidad.

## **Conclusión**

La experiencia mística parte de la iniciativa de Dios a la búsqueda del hombre; es un don de Dios al hombre. El Dios de la historia continuamente se abre al hombre, se dirige a él, para conmoverlo en lo más íntimo y hacerlo partícipe de la comunión de vida de las personas divinas. La experiencia mística es una experiencia brevísima, divino-humana, que no arranca al hombre de su vocación originaria, sino que lo lleva a la perfección, en el tiempo y en el espacio, aún más, en su misma historia de cada día.

La contemplación es propia del niño que se abre al descubrimiento de lo bello, lo verdadero, lo bueno, que mira extasiado con sus grandes ojos. Es un saber maravillarse, un *intus-legere*, para abrirse a la acogida. Pero todo esto es también propio del enamorado, que es capaz de ver aquellas maravillas que ningún otro ve, en quien ama y en aquello que ama.

Así, en Gertrudis, descubrimos la experiencia de aquella que, habiéndose enamorado, va hacia donde se ha prendado su corazón y nada antepone. Después de su conversión, Gertrudis no tiene otra orientación que Dios. Solo en Él encuentra la felicidad.

*“Amado mío –dirá en el Ex. III, 70-72- si yo no estoy unida a Ti nunca podré encontrar la felicidad. Amigo mío, realiza tu deseo y el mío para siempre”.*

Pero seguir a Jesús no es anular en nosotros y en torno a nosotros lo que es bueno, sino que es el cumplimiento de todo valor. Más bien podemos decir que es a su escuela que estas realidades adquieren su justa posición y densidad. Así, Gertrudis no pierde nada de

su capacidad natural y de su cultura, sino que las pone al servicio de la comprensión vida mística que recibe como don, no solo para sí misma, sino también para el prójimo.

Se puede decir que en la vida espiritual de Gertrudis la dimensión eclesial y universal, por la cual los otros están presentes a ella en grado más intenso, es tanto más intensa y más alta cuanto más intensa y altas es su unión con el Señor. Es ésta su fuerza y su confianza.

La experiencia mística cristiana no es abstracta, ni menos aún extrae al hombre de sus raíces o de su ambiente vital. Ella se juega en la realidad humana y mira esencialmente al destino del hombre.

Contrariamente a la gnosis, que veía en el fenómeno místico una división de la persona, el anulamiento de la personalidad por la divinización, la tradición cristiana, de la que Gertrudis es un exponente eximio, repropone urgentemente la convicción de que el místico permanece en el interior del camino de la fe, en su compromiso operativo en la comunidad, indudablemente en un nuevo modo de ser, porque por la unión con Cristo, la acción humana se une a la acción divina.

Gertrudis nunca habla nunca de la transformación en Cristo, entendida como aporte de humana posibilidad a la obra de Dios, sino del transfundirse de la vida de Cristo en su alma, como obra que solo el Señor puede realizar en los elegidos. Por eso su actitud permanente es la de escucha y de docilidad, de receptividad al impulso de la gracia,

Gertrudis se nos presenta así como el modelo de aquella transformación a la que estamos llamados por obra de la gracia, en un proceso que implica permanentemente una dimensión purificativa, iluminativa y transformativa y que tiende a la plena participación en la vida divina.

h. Ana Laura Forastieri oco  
Monasterio de Hinojo